

tencia, lanzadas con torpe realidad al vicio, en la época de la vida en que muchas llorarían por sus muñecas y las más precoces de las jóvenes honradas alimentan vagas ilusiones con miradas y sonrisas y confusos sentimientos.

—Hay que escucharlas,—me dijo mi compañero:—vamos a recibir de sus labios una hermosa lección, y lástima no la aprovechen todas las que la necesitan.

Desde luego era la plañidora quien más nos interesaba; y habló sin dificultad.

Llegaba por segunda vez a la reclusión, y no lloraba de arrepentimiento sino de rabia. No era afortunada: apenas le habían dado papeleta de salida, corrió a echarse en brazos de un artesanito con quien llevó relaciones serias antes, y él la prometió **honrarla**, es decir tenerla en su compañía, siempre que no fuera más que suya. Con esta ilusión y después de pasar tres días con él, se fue a ver a la madre...

—Tienes, pues, madre?

—Si, señor: vive en... pueblo del alrededor. Es casada en segundas nupcias, persona honradísima y de familia allí principal.

—Entonces, cómo has rodado y cómo te admite a verla?

—Si ella no hubiera vuelto a casarse, yo sería honrada,—nos dijo suspirando.—Mi padrastra, que es joven todavía, me perseguía constantemente. Donde quiera que me encontrara—y él buscaba ocasiones—se lanzaba a tocarme y a quererme besar.—Un día lo referí a mi madre, y se produjo un disgusto, del cual fui la víctima, pues ellos se entendieron al fin, y a mí me mandaron para San José.

Las peripecias fueron variadas. Comenzó a **jalar** con un artesanito, el cual se mostró respetuoso para ella. Más tarde quiso recuperar su puesto en la familia y buscó abogado, un mozalvete que la perseguía por las calles. El encargado de llamar por ella al hogar, le abrió las

puertas de la perdición. Todo esto había pasado en menos de un año; y después de rodar por lo más infecto de la capital, sentía deseos de una casa tranquila, donde recobrase de los males del cuerpo y de los quebrantos del alma.

—Te gustaría volver a tu casa?

—Nó, es imposible. Mi madre me recibe con agrado, arrepentida tardíamente de su mala acción conmigo, pero su esposo siempre me persigue. No me queda más recurso que mi novio... o seguir arrastrada.

Escuchamos versiones diversas de una misma historia: la mala vida en el hogar, los padres borrachos o libidinosos, las madres descuidadas o viciosas; la corrupción congénita, y hasta la trata proxeneta de carne ya acondicionada por la mala educación...

En el fondo, todas las rapaces estaban arrepentidas. No que la moralidad hubiera alumbrado el fondo de sus conciencias, ni que la realidad las hubiese vuelto mejores; lenguaje y pensamientos, propósitos y ademanes, todo era en ellas de mujeres perdidas. La depravación femenina se opera con asombrosa rapidez, tanta, que no admite comparación siquiera con la del hombre. Este resiste y salva muy a menudo su moralidad de los más desastrosos naufragios personales, pero la mujer puesta en camino, llega rápida y completa a la más abyecta corrupción. Vivían arrepentidas, por cuanto aquella vida no resultaba tan grata como la imaginaran; no abundaba el dinero, ni las comodidades, ni la alegría, ni el apego de los hombres. Más bien decepción de grosero origen que fino arrepentimiento, pero descontento al fin de haber dado el paso fatal; dolor de haber perdido su modesta existencia, llena de privaciones tal vez, mas de una gran riqueza que nunca se recupera, las ilusiones agotadas por las torpes desventuradas en el bullicio de unos pocos meses.

Al borde estábamos de un tema